

El secuestro de las palabras.

Cómo la izquierda, el centro y la derecha perdieron su significado.

1. Las palabras que ya no dicen nada.

Hay una escena que se repite en todos los debates políticos contemporáneos. Un periodista pregunta a un líder sobre su programa. El líder responde con eslóganes: "somos el partido del cambio", "defendemos la libertad", "representamos el sentido común". El periodista insiste: "¿Qué medidas concretas propone?". El líder esquivo: "Las que necesita España". Y así, durante toda la entrevista, sin que nadie sepa qué defiende realmente ese partido, más allá de la imagen de su líder.

Las palabras "izquierda", "centro" y "derecha" se usan a diario en los medios, en las conversaciones cotidianas y en los análisis políticos. Y, sin embargo, ya casi nadie sabe qué significan. ¿Qué defiende la izquierda hoy? ¿Qué propone la derecha? ¿Qué espacio ocupa el centro? Las respuestas son cada vez más ambiguas e intercambiables. Los programas se parecen y las diferencias se reducen a gestos, símbolos e identidades.

Este ensayo sostiene una hipótesis: las etiquetas políticas han sido secuestradas, han perdido su contenido, se han vaciado de significado y se han convertido en marcas emocionales que sirven para que los votantes se identifiquen con un equipo, no para que comprendan qué se propone. La izquierda, el centro y la derecha ya no designan proyectos de transformación social, son tribus.

Para demostrarlo, este ensayo recupera la figura de Joaquín Costa y los regeneracionistas y la contrasta con otros referentes históricos (krau-sistas, liberales sociales y republicanos federales) que defendieron, hace más de un siglo, ideas que hoy serían consideradas mucho más transformadoras que las de la mayoría de los partidos que se autodenominan de izquierdas.

Ese contraste no es un ejercicio nostálgico. Es una herramienta crítica para mostrar cuánto hemos retrocedido, cuánto hemos perdido y a cuánto hemos renunciado.

2. Joaquín Costa, el espejo del pasado.

Joaquín Costa (1846 – 1911) fue un jurista, historiador, economista y político aragonés, considerado el máximo exponente del regeneracionismo, un movimiento heterogéneo que, tras el Desastre del 98, reflexionó sobre las causas de la decadencia española y propuso soluciones estructurales. Costa no era socialista. Se le clasifica como liberal, republicano, regeneracionista. Pero sus propuestas, leídas hoy, serían consideradas mucho más progresistas que las de muchos partidos de izquierda contemporáneos.

Su lema era "escuela y despensa". Sostenía que la instrucción debía ir de la mano de mejoras materiales: sin educación no hay progreso duradero y sin condiciones económicas mínimas la enseñanza no produce frutos. Su propuesta incluía mejoras en la irrigación, la distribución de la tierra, la formación de los campesinos y la modernización de la producción agrícola. Denunciaba el caciquismo y las limitaciones del sistema político de la Restauración, criticando la falta de representatividad efectiva. Su obra más conocida, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España* (1901), sigue siendo un diagnóstico certero de un sistema político corrupto y alejado de la ciudadanía.

Costa no ocupó cargos políticos, no legisló ni gobernó, pero tenía, como señala el historiador Manuel López Forjas, "una fuerza discursiva que buscaba despertar al pueblo". Su mensaje sigue interpelando al presente más de un siglo después. En un momento en que la despoblación rural sigue siendo uno de los retos más graves en España, sus preocupaciones conservan una vigencia dolorosa.

¿Qué habría pensado Joaquín Costa de la política actual? Probablemente, lo mismo que pensaba de la Restauración: que es un sistema oligárquico y caciquil, disfrazado de democracia, en el que las élites se alternan en el poder sin transformar nada.

3. El contraste histórico. Otros referentes olvidados.

Joaquín Costa no está solo. A lo largo de la historia de España (y de Europa) hubo figuras que defendieron ideas que hoy nos parecerían radicales y que no procedían de la izquierda revolucionaria, sino del liberalismo social, del krausismo o del republicanismo federal.

Francisco Giner de los Ríos (1839 – 1915), filósofo y pedagogo, fundó la Institución Libre de Enseñanza (1876), un proyecto educativo basado en la libertad de cátedra, la educación laica y el desarrollo integral de la persona. Su propuesta, que hundía sus raíces en la Ilustración, buscaba "la modernización de España" mediante un proceso gradual de reformas que contara con la complicidad de la mayoría de la sociedad. Giner no era un revolucionario, era un reformista. Pero su proyecto educativo, que culminaría en la Junta para Ampliación de Estudios, dirigida por Ramón y Cajal, transformó la ciencia y la cultura españolas.

Francisco Pi y Margall (1824 – 1901), presidente de la Primera República, defendió un federalismo social que partía "del hombre concreto, del individuo sujeto de derechos" y que subordinaba la propiedad privada a su función social. Su proyecto de república obrera se asentaba sobre un "comunalismo democrático" que hoy sonaría a utopía. Pi y Margall no era un moderado, era un republicano federal que creía en la autonomía de los municipios, en la abolición de los títulos hereditarios y en la mejora de las condiciones de vida de las clases jornaleras.

Gumersindo de Azcárate (1840 – 1917), jurista y pensador krausista, fue uno de los principales impulsores de la reforma social en España. Se insertó en "el movimiento de reacción desde dentro del sistema liberal frente a los postulados tradicionales del liberalismo radical económico, social y jurídico", pretendiendo "transformar el liberalismo desde dentro, renovándolo y adaptándolo a las exigencias de una nueva época". Azcárate impulsó el derecho de asociación, la intervención del Estado en la economía y las reformas sociales que hoy consideraríamos básicas o esenciales.

José Canalejas (1854 – 1912), presidente del Consejo de Ministros, representó el liberalismo social y el reformismo social frente al socialismo revolucionario. Su política social incluyó la educación, la salud pública, los seguros sociales y la asistencia social. Canalejas no era de izquierdas, era un liberal progresista. Pero sus propuestas, leídas hoy, serían consideradas más avanzadas que las de muchos partidos que se reclaman de la izquierda.

El contraste es demoledor. Un liberal de hace un siglo defendía ideas más transformadoras que las que hoy defienden los partidos que se autodenominan de izquierdas. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo hemos retrocedido tanto? ¿Cómo hemos permitido que las palabras "izquierda" y "derecha" se vacíen de contenido hasta convertirse en meras etiquetas?

4. El secuestro de las palabras: izquierda, centro y derecha.

Las palabras "izquierda", "centro" y "derecha" nacieron en la Asamblea Constituyente francesa de 1789, donde los diputados se sentaban a la izquierda o a la derecha del presidente según su posición política. Desde entonces, han designado dos concepciones opuestas de la sociedad: la izquierda, partidaria de la igualdad, la redistribución y la transformación social; la derecha, partidaria del orden, la jerarquía y la propiedad. El centro, por su parte, ha sido el espacio de la moderación, del equilibrio y de la reforma gradual.

Esas definiciones, sin embargo, ya no se corresponden con la realidad. La izquierda ha ido abandonando la transformación social para convertirse en gestora del statu quo. La Tercera Vía de Tony Blair y Gerhard Schröder, en los años 90, simbolizó a las claras ese abandono. En lugar de la lucha de clases, la "igualdad de oportunidades"; en lugar de la redistribución, la "flexibilidad" y en lugar del Estado del bienestar, la "responsabilidad individual".

La socialdemocracia se convirtió en social-liberalismo, aceptando la desregulación de los mercados financieros y el debilitamiento de los derechos socioeconómicos y laborales.

La derecha, por su parte, se ha disfrazado de centro. Ha adoptado el lenguaje de la izquierda (igualdad, derechos y sostenibilidad) sin cambiar sus políticas. Y el centro se ha convertido en una coartada para no definirse, para no comprometerse, para no transformar nada. Los partidos de centro no proponen un proyecto propio, proponen gestionar lo existente con más eficacia. No ofrecen alternativas, solo gestión.

El resultado es un vacío ideológico en el que las etiquetas ya no designan proyectos, sino identidades. "Ser de izquierdas" no significa defender la redistribución de la riqueza, sino identificarse con un equipo, con una tribu, con una serie de gestos y símbolos. "Ser de derechas" ya no significa defender la propiedad privada y el orden, significa tener entre ceja y ceja a los que se identifican con el equipo contrario. La política es un deporte de confrontación en lugar de un debate de ideas.

Como señala el politólogo Peter Mair en *Gobernando el vacío*, esta ausencia de alternativas reales explica el auge de la antipolítica y de los populismos. Cuando los partidos tradicionales no ofrecen nada distinto, los ciudadanos buscan respuestas en los extremos. Y los extremos, a su vez, se alimentan del vacío que los partidos tradicionales han dejado.

5. El programa como estorbo.

Si las etiquetas han perdido su significado, los programas han perdido su importancia. En la política contemporánea, los programas electorales se han convertido en documentos que nadie lee, que los propios partidos incumplen y que los medios ignoran. Son un trámite, un requisito formal, pero no un contrato con la ciudadanía que ni siquiera tiene la posibilidad de vigilar y exigir su cumplimiento.

La razón es simple. Los programas no importan para ganar elecciones. Lo importante es la imagen del líder, su capacidad de conectar con el votante, su carisma o su "autenticidad". El marketing político ha sustituido al debate de ideas. Las campañas electorales se diseñan como operaciones de ingeniería emocional capaces de generar comunidades afectivas y dividir al público. No tratan de convencer con argumentos, sino de movilizar emociones.

El líder político ya no es un representante que propone un programa, sino una marca que se vende como un producto. Su imagen se construye con técnicas de marketing: encuestas, grupos de discusión y análisis sociológicos en redes sociales. Se estudia su lenguaje corporal, tono de voz y forma de vestir. Se busca la "respuesta visceral" del votante, apelando a sus "sentimientos más íntimos y vulnerables". El programa es lo de menos, lo que importa es que el votante sienta que el líder le entiende.

La consecuencia es una política sin contenido, donde las ideas han sido sustituidas por imágenes, los argumentos por eslóganes y los programas por gestos. Los debates electorales no son debates de ideas, son combates de gladiadores. No importa lo que se dice, sino cómo se dice. El candidato que parezca más seguro, enfadado o cercano gana. La argumentación es secundaria. La actuación es lo que cuenta.

6. El votante como consumidor.

En este contexto, el votante ha dejado de ser un ciudadano que delibera sobre el bien común para convertirse en un consumidor que elige entre marcas. No elige un proyecto de sociedad, elige una imagen, una identidad y una emoción. Vota al partido que le haga sentir mejor, no al que le ofrezca soluciones razonables que le convengan.

Esta transformación no es un accidente. Es el resultado de décadas de desideologización, desmovilización y despolitización. Los ciudadanos han sido educados para consumir, no para participar. Han aprendido que la política es un espectáculo, no un deber cívico. Han interiorizado que su voto es un acto de identificación, no de transformación.

El votante desencantado, cada vez más numeroso, ya no cree en la política. Sabe que los programas se incumplen, que las promesas se olvidan, que los políticos dicen una cosa y hacen la contraria. Pero, en lugar de exigir responsabilidades, se refugia en la abstención o en el voto de castigo. Vota contra alguien, no a favor de algo. Y así, la política se ha convertido en un juego de suma negativa, donde todos pierden.

Los partidos, conscientes de esta desafección, no intentan recuperar la confianza de los ciudadanos con propuestas serias. Intentan movilizar a sus bases con emociones fuertes: miedo, indignación y orgullo. No buscan convencer a los indecisos, buscan activar a los convencidos. La política se convierte en una guerra cultural, no en un debate de proyectos.

7. La partidocracia como sistema cerrado.

Detrás de esta pérdida de significado hay un fenómeno estructural, la partidocracia. Los partidos políticos han dejado de ser instrumentos de participación ciudadana para convertirse en máquinas de poder que se reproducen a sí mismas. No representan a la sociedad, se representan a sí mismos.

La partidocracia se manifiesta en varios fenómenos. Primero, la endogamia. Los cargos se reparten entre los fieles, familiares y amigos. Los partidos se convierten en clanes que controlan el acceso a las instituciones. Segundo, la disciplina de voto. Los diputados votan lo que les manda el partido, no lo que piensan sus electores. Tercero, el transfuguismo. Los políticos cambian de partido a cambio de prebendas, sin que ello tenga consecuencias electorales. Y cuarto, la opacidad. Las decisiones se toman en reuniones cerradas, sin transparencia ni rendición de cuentas.

La partidocracia ha sido señalada como "una de las principales amenazas para la democracia española", junto con la polarización política. La anteposición del interés partidista al interés general degrada las instituciones, corrompe las reglas y aleja a los ciudadanos de la política. Los partidos ya no son vehículos de representación, son agentes de poder que actúan en beneficio propio.

El resultado es un sistema cerrado, impermeable a la participación ciudadana, a las ideas nuevas y a la crítica. Los que están dentro se reconocen, premian y protegen. No porque sean los mejores, sino porque son los que no cuestionan. Los que no preguntan por qué las cosas se hacen así. Los que no incomodan. Y así, el sistema se reproduce, idéntico a sí mismo, sin corregir sus errores, sin incorporar ideas nuevas ni transformarse.

8. Las consecuencias. Una democracia sin ideas.

El secuestro de las palabras tiene consecuencias profundas para la calidad de la democracia. Sin palabras que designen proyectos no hay debate de ideas, sin debate de ideas no hay deliberación y sin deliberación no hay democracia.

La primera consecuencia es la degradación del debate público. Los debates políticos ya no son espacios de argumentación, sino espectáculos de confrontación. Los participantes no buscan convencer con razones, sino desacreditar al adversario. La política se ha convertido en una guerra de todos contra todos, donde lo que importa no es la verdad, sino la victoria.

La segunda consecuencia es la desafección ciudadana. Los ciudadanos, al ver que la política no ofrece respuestas tangibles a sus problemas, pierden la confianza en las instituciones. La desconfianza se convierte en cinismo y el cinismo en abstención. El sistema se legitima a sí mismo, pero cada vez con menos apoyo social.

La tercera consecuencia es el auge del populismo. Cuando los partidos tradicionales no ofrecen alternativas creíbles, los ciudadanos buscan respuestas en los extremos. Los populismos de derecha o de izquierda se alimentan del vacío que los partidos tradicionales han dejado. Ofrecen soluciones simples a problemas complejos, chivos expiatorios para la frustración y una narrativa de identidad que da sentido a la desesperanza que padecen.

La cuarta consecuencia es la pérdida de la perspectiva histórica. Al no recordar que hubo un tiempo en que las palabras tenían significado, los ciudadanos aceptan el vacío como normal. Ya no saben que la izquierda defendía la redistribución de la riqueza, que la derecha defendía la propiedad privada o que el centro era el espacio de la moderación. Han olvidado que la política era un debate de proyectos, en lugar de una guerra de identidades. Y, al olvidarlo, han renunciado a la posibilidad de recuperarla.

9. Recuperar las palabras.

Frente a este sistema que premia la sumisión y castiga la lucidez, es necesario recuperar el valor de las palabras. No se trata de volver a las viejas etiquetas, sino de recuperar la capacidad de nombrar lo que de verdad importa: la desigualdad, la explotación, la precariedad o el poder. Sin palabras que describan la realidad, no hay política que la transforme.

Recuperar las palabras significa romper el círculo. Significa que los partidos dejen de ser máquinas de poder y vuelvan a ser instrumentos de representación. Significa que los programas recuperen su importancia y que los líderes dejen de ser marcas para ser representantes. Significa que los ciudadanos recuperen la capacidad de deliberar, exigir y participar. Significa, en definitiva, que la política vuelva a ser lo que nunca debió dejar de ser, un debate de ideas sobre el futuro de la comunidad.

Recuperar las palabras sería, en definitiva, volver a ser ciudadanos.